

# Amaryi

# 2, inicio de 2019

Las mujeres  
que me habitan

*Autobiografías Parte I*



SHEREZADE

*Ediciones femeninas*

# Amaryi

#2, inicio de 2019

Las mujeres  
que me habitan

*Autobiografías Parte I*



SHEREZADE  
*Ediciones femeninas*



**SHEREZADE**  
Ediciones femeninas

*Amaryi #2 - Las mujeres que me habitan*

*Autobiografías Parte I*

Edición de inicio de de 2019.

Bogotá, Colombia.

EDITORAS:

Anna A. Miranda

Sonia Rodríguez

IMAGEN DE CARÁTULA:

Victoria Cañiblanco

© de la edición: Anna A. Miranda y Sonia Rodríguez.

El copyright de los textos e imágenes interiores  
corresponde a sus respectivas autoras,  
tal como se indica en cada caso.

PUBLICACIÓN EDITADA CON EL APOYO DE:



**Proyecto Amaryi**

[www.facebook.com/amaryi.retornoalamadre/](http://www.facebook.com/amaryi.retornoalamadre/)



**Ediciones Chiquitico.org**



**Mujeres en círculo**

[info@mujeresencirculo.org](mailto:info@mujeresencirculo.org)

## Contenido

<b>Introducción</b>	<b>5</b>
<b>Linaje - Matrioshka</b>	<b>7</b>
Carta para la Madre Tierra <i>NINACURO (Colombia)</i>	9
Mujer Linaje <i>ANNA A. MIRANDA (Cataluña - Colombia)</i>	12
Las mujeres que me habitan <i>LUZ AMPARO DÍAZ MORALES (Colombia)</i>	13
Linaje <i>LAURA ESCOBAR-COLMENARES (México)</i>	18
Te amo, mujer <i>ANDREA MARTÍNEZ BARRETO (Colombia)</i>	20
Somos <i>ROCÍO SUÁREZ (España - Canadá)</i>	21
<b>Maternidad - Hablando a nuestras semillas</b>	<b>23</b>
Amaru: Carta de una mujer-madre a su hijo <i>MARCELA VELÁSQUEZ CUARTAS (Colombia)</i>	24
Cuando te trenzo el cabello <i>PAMELA MONDRAGÓN ROCHA (México)</i>	26

<b>Familia - Sanando nuestras relaciones</b>	<b>28</b>
Flor de cinco pétalos	29
<i>VITALIA ESPERANZA RAMÍREZ NIETO (Colombia)</i>	
No diré que llovía	34
<i>LAURA ESCOBAR-COLMENARES (México)</i>	
El jardín de la casita musical	36
<i>JULIANA COLIBRÍ DE ORO (Colombia)</i>	
Sin título	44
<i>ÁNGELA SÁNCHEZ (Andalucía - Colombia)</i>	
La torta de banano	45
<i>SARA PATRICIA MONTOYA ACOSTA (Colombia)</i>	
<b>Convocatoria abierta a mujeres</b>	<b>51</b>

# Amaryi

## Las mujeres que me habitan

Toda mujer no es una sola, es muchas; toda mujer transita durante su vida etapas que, cual fases de la luna, se caracterizan por distintos estados. No somos una, quizás tampoco somos sencillamente esos cuatro arquetipos lunares a los que tanta alusión hacemos, que coinciden con nuestro ciclo hormonal y nuestra luna interior; quizás tu eres seis, yo doce y ella quince.

Somos cíclicas, por eso las mujeres que nos habitan están presentes en nosotras periódicamente, son nuestras guardianas y guías, nuestra vulnerabilidad, nuestra armonía, nuestra locura. Ciclo a ciclo tenemos la oportunidad de atravesar, repasar y retejer estas fases, parirnos, renacer; por lo que cada reinicio es una oportunidad de aprendizaje y sanación, para volver a surgir fortalecidas.

Todas tenemos una historia que contar, y hacerlo es la oportunidad de recordar, de poner en palabras nuestra memoria —y así soltar, sanar— y, quizás, ser el aliento de otras que atraviesan una experiencia similar; todas podemos ser espejos, porque todas, aunque diversas, compartimos la esencia del ser mujer, y tenemos memorias uterinas comunes; mi dolor es tu dolor, mi alegría tu alegría, por eso la frase dice “si sana una, sanamos todas”.

Para esta edición de *Las mujeres que me habitan. Autobiografías*, Amaryi recibió una gran cantidad de trabajos, lo cual nos honra y nos llena de gratitud. En aras de no dejar a ninguna participante por fuera —ya que cada historia autobiográfica es una ventana a todo un mundo y por ello consideramos que todas las voces debían ser reconocidas—, hemos decidido incluir a todas las autoras que nos

contactaron. En algunos casos una misma autora nos envió varios trabajos, por lo que debimos seleccionar el que mejor se ajustara a esta convocatoria.

Aún así reunimos bastante material para un solo número, por lo que, teniendo en cuenta que esta es una publicación autogestionada y de corto tiraje, decidimos lanzar el fruto de esta convocatoria en dos partes: la que tienes entre tus manos es la primera. Reúne voces y trazos que nos hablan de memorias de linaje, de las mujeres que precedieron a quienes aquí se asoman, las voces antiguas que nutren sus vidas; también mujeres que les hablan a sus hijos e hijas de sus lazos y de la transformación que trajeron desde que empezaron a crecer en sus vientres; y finalmente historias de familia y vínculos, que son todas nuestras relaciones.

Todas las mujeres presentes en esta edición de Amaryi nos abren su corazón y nos comparten su historia. Un relato autobiográfico no es necesariamente un compendio detallado de toda una vida. Puede ser un destello, puede ser un instante, puede ser una mirada a un aspecto de la vida, puede ser la memoria de un segundo, puede ser una reflexión sobre nosotras mismas. Mientras lo hayamos vivido, sentido, habitado, ese momento ya forma parte de nosotras y nos puede contar. Con esta convocatoria quisimos permitir que esas historias le hablaran también a cada lectora, a cada lector.

La presente publicación es un trabajo colaborativo entre Sherezade Ediciones Femeninas, Proyecto Amaryi y todas las mujeres participantes, una creación hecha desde nuestros útero y nuestros corazones.

*Anna & Sonia*



# Linaje

## Matrioshka



*Las mujeres que me habitan.*  
Victoria Castiblanco, de Bogotá (Colombia)

## Carta para la Madre Tierra

*NINACURO, de Bakatá (Colombia)*

*Todas venimos de un útero, todos venimos de un útero.*

*Tod\_s tenemos memorias uterinas. Nuestro ADN mitocondrial; esa transferencia de memorias ancestrales nos la otorga nuestro linaje femenino, nuestra madre.*

*Nuestro hábitat gestacional es el útero; tod\_s vivimos en uno durante nueve plácidos meses, en flotación y derramamiento, calientes y protegid\_s, aunque no por ello privad\_s de absorber lo que afuera se vive, sobre todo lo que afuera viven nuestras madres —ambas—, la Tierra y la encarnada.*

*Tod\_s tenemos un linaje y llevamos en nuestras historias pedazos de sus historias.*

*No sólo hemos sido gestad\_s en el útero de nuestra madre, fuimos gestad\_s en el gran útero de la Madre Tierra, madre de tod\_s, y aquello que nos unió, que nos agrupó, está impreso en nuestra memoria colectivo-universal; a nosotras nos une ser mujeres, por las memorias colectivas que tenemos de ese hecho.*

ANNA A. MIRANDA

Cuando desperté ese día, en la ciudad llovía, el aire olía muy extraño. Recordé la casa de mi abuela; en la parte de atrás había un patio inmenso, del tejado caían gotas de lluvia. Yo estaba parada en el borde del pasillo, arriba sobresalía el alerón del tejado. Caían muy cerca de mi nariz gotas de lluvia, pero no me tocaban.

Entonces algo extraordinario sucedió. Al igual que mi gatita Tigrá, avancé con mi nariz para oler la lluvia y ahí la toqué..., era fresca, dulce; al llover fuerte yo respiraba profundo, olía a tiempo de invierno. Asomando mi naricita, vi más adelante el jardín de flores de la abuela. Entonces... quise curiosar, pero seguía lloviendo. Pensé: “La abuela se enojará conmigo si entro con mi ropa mojada. Ah... ¡Me arriesgaré!”

Avancé hacia el jardincito que tenía enfrente; las gotas se sentían más fuertes sobre el cuerpo y el olor a tierra húmeda era intenso, mezcla de hojas secas con guayaba. Me di cuenta de que la abuela sembraba zanahorias, tomates pequeños y una plantita que —ella decía— lo curaba todo.

Me sentí tan contenta en aquel día, era perfecto; llovía, salía el sol; en todo el pueblo se respiraba el olor a guayaba dulce, a tierra húmeda.

Hoy, desde mi apartamento, vuelvo a respirar ese extraño olor en el aire de la ciudad. Oigo llover, pero no puedo tocar la lluvia afuera, sólo la veo correr como hilos por la ventana. “Aquí es aburrido; ya no puedo salir al jardín de la abuela, ni esconderme debajo del alerón de su casa. La magia envuelta en niebla luminosa se retiró con el tiempo”.

Hoy le escribo una carta a mi amada Madre Tierra. Pregunto, ¿cómo puedo caminar tus misterios, hacer que mis manos curen, que mi presencia sea grata, y que la memoria del olor a tierra húmeda regrese de los tiempos del olvido? Ya pocos



*Las mujeres que me habitan. Victoria Castiblanco (Colombia).*

recuerdan lo dulce que era compartir con la abuela en su fogón sus deliciosas recetas, ser feliz sembrando la tierra, reunirse con los vecinos, ir al colegio, jugar en el pueblo, en el barrio, como tropa aventurera, ser humanos, agradecidos, serviciales, sonrientes, leales, divertidos, con todas nuestras relaciones, con las plantas, los animales, las rocas, las montañas, el agua.

Te escribo hoy porque quizás yo olvidé, igual que todos, el olor a tierra húmeda, el abrazo, el creer en mí, el curar mis heridas, el cuidar de ti, Madre Tierra, el sonido del arroyo cerca de la casa.

A nuestros fieles perros, como mi Laica, que latía y latía muy fuerte para avisarme que había algún peligro; a nuestros pajaritos cantores que vivían en los árboles cercanos, como mi árbol de balú, que cuando me columpiaba en él llegaba a las estrellas.

Madre Tierra, escribo desde un tiempo no muy lejano en donde olvidamos cómo volver a casa en paz, ser solidarios, abrazar, confiar, caminar lento, respirar, sonreírle todos los

días a nuestras hijas, a nuestros hijos, dejar atrás esa sombra con los ruidos de la guerra.

Así lleno con amor mi casa pensamiento, mi cuerpo universo, la mujer que recuerda a la niña sabia.

Atrás quedan el dolor y la oscuridad, para encontrarme con mi cuerpo, mente y espíritu saludables. En el puño de mi mano atrapo los sueños realizados, llevándolos a mi corazón, iluminando todo mi ser. Sé que son tiempos difíciles y que todo cambia a mi alrededor de una manera vertiginosa.

Han dicho los maestros, las maestras, mi Madre, mi Padre —a quienes honro—, que todo eso se puede revertir si somos conscientes, si amamos en ley natural. No es un sueño perdido, ni tampoco habla la locura; hablo yo, en plena conciencia, dejando atrás esos sentimientos y momentos que oscurecen el espíritu humano.

Se me hace tan difícil; lloro cuando veo que otros niños y niñas como yo, mujeres, hombres, abuelos, abuelas, están en medio de situaciones absurdas, en donde las armas, el poder político y la fuerza de la imposición marcan su destino.

“Vivíamos de manera sencilla, nada nos faltaba”. En la casa de alerones grandes caía la lluvia, salía el sol, la luna se llenaba en la noche; además del jardín de flores, los campos estaban sembrados de esperanza. La gente sabia —como la abuela, el abuelo— lo contaban.

Madre Tierra, muéstrame el camino para vivir en paz con todos los seres de este planeta maravilloso. Que en tu regazo los niños, las niñas, podamos comer tus dulces frutos... [risas], ¡a mí me gustan mucho los que son rojos! También el maíz, la quinua, la chía, los frijoles, la mora, los amasijos ¡y beber agua fresca!

Ahora sé que pronto, Madre Tierra, todos volveremos a vivir en el paraíso. ✨

## Mujer Linaje

*ANNA A. MIRANDA, de Barcelona (Cataluña) - Colombia*

Recuerdo, reTejo, memoria que viene de lejos;  
ordeno hilos  
deshago nudos  
plasmo pensamientos.

Me reconozco en mi sangre;  
me busco en mi útero;  
me pienso  
rePienso  
me encuentro  
me pierdo.

Honro a mis ancestras;  
agradezco mis vivencias;  
perdono la ignorancia.

A no repetir  
me comprometo.

Duele el vientre,  
salen mil gritos:  
soy esclava negra,  
india violada,  
ama de casa frustrada.

Soy, grito, mujer empoderada.

Te amo, por ser mujer  
hermana  
me amo por ser humana  
habitante de esta Tierra-Agua.

Por ser alma encarnada.



## Las mujeres que me habitan

*Luz Amparo Díaz Morales (Antares),  
de Cachipay, Cundinamarca (Colombia)*

Es tarde de luz dorada, la casa envuelta en oro, se impregna de un aura mística y enigmática. Los postigos de sus ventanas permanecen cerrados, como si a quien la habita le intimidara dejar entrar tanta luz en su interior. Mi curiosidad puede más y me acerco hasta la puerta y, al levantar el aldabón para llamar, la puerta se abre a un zaguán en penumbra, que momentáneamente resplandece con jirones de luz que se cuelan por la entrada, dejando ver un piso de baldosas con arabescos.

En el ambiente flota un aire perfumado de especias, que viene desde el interior de la casa; paso un transportón que separa el zaguán de un patio interior, en cuyo centro se alza un enorme y bello árbol de pomarroso. El patio es abierto, desprovisto de techo, y la luz desciende en cascada al interior de la casa, acariciándolo todo, resaltando con su brillo la belleza de las azaleas, las begonias, los geranios, las violetas, las margaritas. Todo allí habla de cuidado.

Siento una presencia cercana y me doy cuenta de que hay una niña de unos cuatro años sentada en el piso al lado del árbol, vestida muy pulcramente, que juega con muñecas. Levanta la mirada, pero no me ve; yo, por el contrario, veo asomarse en sus ojos negros una profunda tristeza. Intento hablarle, pero la voz no me sale.

Oigo voces de mujeres que conversan y me dirijo hacia el lugar de donde provienen sus voces; camino a lo largo de un corredor y paso frente a un ventanal, a través del cual veo a un grupo de mujeres sentadas alrededor de una mesa; comparten un alimento, conversan y ríen. Los muebles de este salón tallados en fina caoba, le confieren al lugar un

ambiente a la vez solemne y cálido. Alzo una mano en señal de saludo, pero no advierten mi presencia.

La puerta del comedor está abierta e intempestivamente el grupo de mujeres se levanta y sale. Sólo una de ellas permanece sentada; es una chica joven de escasos 17 años y está leyendo. Entro sigilosamente, aunque ya empiezo a intuir que por alguna razón no soy visible en esta casa, me acerco y por encima de su hombro sigo su lectura. Me sorprende, para su edad, el tema que está leyendo; es un texto muy crítico a la sociedad, cuestionador de los valores establecidos y considerados intocables, como lo son la familia, la iglesia y la propiedad privada.

En un murmullo y para sí misma dice: “¡Esto hay que cambiarlo! ¡Todo está mal! No puedo seguir vestida de encaje y organdí, mientras afuera hay gente vestida de harapos. Renuncio a la Iglesia católica, su culpa y su pecado. Renuncio a ser una pieza más de este sistema inhumano y depredador. ¡Renuncio a cumplir el rol de madre y mujer sumisa!”. Cierra el libro y se levanta con determinación, ha tomado una decisión: ¡Volver Guerrera! La veo salir y desaparecer rápidamente por el corredor.

Yo busco entre tanto a las otras mujeres, de quienes me llegan ecos de risas, hasta que vuelvo a verlas, aunque ahora en mayor número, reunidas en un gran salón. La conversación es animada y un poco apasionada, hablan de sí mismas, de su condición de ser mujeres en un mundo pensado por hombres y para beneficio de los hombres y en el que el papel de la mujer es estar al servicio del patriarcado. Dentro del grupo hay una mujer que me llama la atención, se parece mucho a la jovencita de 17 años, pero es mayor, tiene 24 años. Es muy aguerrida y a pesar de que la palabra no es su fuerte, hace manifiesta su posición. Habla de su decepción de los hombres, en quienes puso su confianza para juntos lograr un cambio; pero lo que mostraron hacia las mujeres, que

estuvieron luchando hombro a hombro, fue un machismo que no reconocía la validez de la lucha de ellas y esta actitud la llevó a entender que debía enfocarse en los movimientos de mujeres para combatir la enfermedad del mundo, que radica en el sometimiento de lo femenino, invalidándolo y negando la existencia de las diosas.

Un perfume fuerte de especias, como el que había sentido al entrar en la casa, atrae mi atención y sigo mi nariz hasta dar con la cocina, en donde una mujer de unos 30 años, está preparando un plato oriental. Ella, muy seria, silenciosa y concentrada, se mueve en la cocina con elegancia. Hay orden en los anaqueles y estanterías, y cada olla, cada objeto que usa, lo toma entre sus manos con delicadeza.

Cerca de la estufa, en una esquina, hay un pequeño altar con flores e incienso; alimento, sacralidad, concentración y amor se respira en aquella cocina. Cuando termina de cocinar, dispone en una bella bandeja lo que ha preparado con un sentido estético y armonioso. Sin quitarse el delantal, y oliendo toda ella a especias, sale con la bandeja y se introduce en un corredor de cuyas paredes cuelgan orquídeas y bromelias. La sigo sin ningún temor de sentirme una intrusa, pues mi presencia continúa siendo no percibida. Atravesamos un patio interior, seguimos un pequeño corredor y llegamos a un recinto todo en madera, en el que no hay muebles, sino instrumentos musicales, un gran tambor —un mokuyo— y campanas. Un grupo mixto entre hombres y mujeres están sentados en postura de loto.

Ella se detiene en el umbral, se quita las sandalias, inclina la cabeza a manera de saludo y entra ofreciendo a los presentes sus deliciosas viandas. Un hombre alto y flaco preside esta reunión y le llama la atención por llevar puesto el delantal y por su perfume de especias que, según él, perturba el estado meditativo y de concentración en que se encuentran. Ella termina de repartir lo que ha preparado y sale respetuosa



*Las mujeres que me habitan. Victoria Castiblanco (Colombia).*

sin decir una palabra, de nuevo inclina la cabeza, sin dar la espalda, mete sus pies en las sandalias, da media vuelta y se va con dos grandes lágrimas que ruedan por sus mejillas.

Yo la pierdo de vista y la casa se vuelve un laberinto de corredores y patios abiertos, que dejan ver distintos paisajes que se superponen unos a otros. De repente me siento mareada y con vértigo y sólo atino a sentarme en el piso de uno de los patios, tratando de parar este carrusel en el que me encuentro. No sé si es mi cabeza que da vueltas o la casa que gira, lo cierto es que veo frente a mis ojos una espiral de imágenes,

como si emergieran de un tornado, que hablan de soledad y silencio; grandes marchas, autogestión, revolución, el amor; lucha feminista, coraje, el amor, la palabra (?); interiorización, el amor, disciplina; renuncia, nomadismo, escritura, especias, sacralidad, el amor, la palabra (?)..

De un solo golpe el carrusel se detiene. Tengo los ojos cerrados, pero percibo el crepitar y el calor de un fuego que está en medio de un círculo. Abro los ojos y allí estoy, soy una más del círculo, hago parte de un ritual en donde se honra a los cuatro elementos y a todos los que aquí estamos. Se enciende una pipa que va pasando de mano en mano y, con respeto y conexión con el corazón, cada quien la fuma y eleva un propósito al universo.

El mareo ha pasado y me siento tranquila, soy plenamente consciente de que este momento es un gran regalo en mi vida, que llega para poner luz a mis interrogantes de origen. Entrar en este nuevo espacio desconocido, pero añorado, fortalece mi espíritu, me ayuda a canalizar la palabra, me conecta de nuevo con la naturaleza, con lo animal y vegetal, con lo pétreo y lo fluido. Descubro esa nueva mujer, que estaba en mí y quería también expresarse como las otras. Reconozco que soy todas ellas juntas, fluyendo continuamente, siempre cambiante.

Del centro del fuego emerge una mujer antiquísima, en su rostro ya no caben más arrugas y, sin embargo, en sus ojos hay un brillo profundo y vital. Sonríe como una niña y con un movimiento ágil viene directamente hacia mí, me saluda y tomándome del brazo me dice: “Ven conmigo, soy una de tus abuelas; ya es hora de que te inicies con las Hermanas Mayores, hay mucho por hacer”. Con dulzura pasa un brazo por encima de mis hombros, mientras yo la tomo por la cintura y nos vamos caminando con la luz dorada de la tarde. ✨

## Linaje

*LAURA ESCOBAR-COLMENARES (Lau Escol),  
de Oaxaca de Juárez, Oaxaca (México)*

Angelina sabía de plantas que curaban, de sabores dulces, de aliviar de espanto y de empacho, y de acomodar las mulleras de los niños. Le gustaba la fiesta, la música y el baile. Vivió sorteando su suerte vendiendo aguas frescas en el mercado, sin la innecesaria compañía de un marido. Preparaba la mejor horchata\* del vecindario.

Esperanza quedó huérfana de madre siendo muy niña. Cuidaba su milpa†, una vaca, varias gallinas y siete puerquitos. De sus manos salían las mejoras tortillas del pueblo. Añoro su café de olla y los frijoles recién cocidos.

Chela hacía que cualquier tela luciera hermosa cuando la convertía en vestido. Con su cabello chino, la falda ceñida y los zapatos con tacón, me tomaba de la mano y caminábamos en el parque; me dejaba jugar con los hilos y me hacía soñar con botones de colores.

Hermi hace magia en la cocina, sus abrazos alivian y su comida alimenta la intuición. Geranios, dalias, rosas, huajes, limonares, chilares, orégano, yerbasanta, lavanda, romero, albahaca, papas, pitahaya... todo abunda con sus cariños. Nació un 24 de diciembre, el día que nacen las brujas blancas. Sé que ella siempre estará conmigo.

Sandía es una mujer medicina, no hay mal para el cual no tenga un remedio que nazca de la naturaleza. Es impetuosa y visceral. De su bondad germinan plántulas que habitan el jardín. Nunca le he dicho que gracias a ella soy la mujer que ahora soy. No hablamos mucho, pero la hermandad no se borra.

---

\* Bebida refrescante tradicional de amplio consumo en México, una de las tradicionales "aguas frescas" (N. de la E.).

† Tierra que se destina a cultivar maíz (N. de la E.).

*Linaje II, Laura Escobar-Colmenares.*

Pintura con sangre.



Lilith es la pregunta hecha persona, es el motivo de la alegría, la risa, la solidaridad y el amor. Es la mirada limpia e inocente. Es un abrazo caminante. Con ella aprendo del mundo.

Cuando me llueven biznagas en conserva\*, arroz con leche y garbanzos en miel, son regalos de Angelina. Cuando la luna me mira, huele a café y sé que es tiempo de cosecha, son los signos de Esperanza. Si los colores y las texturas me hablan, son los mensajes de Chela. Si llegan a mí los aromas de las hierbas sabias, es la voz amorosa de Hermi que me canta al oído. Cuando el rocío refresca mis pupilas y las raíces arbóreas me abrazan, es el mantra de Sandía expandiéndose. Si río sin querer, si mis brazos se iluminan, son los dedos de Lilith los que me acarician el cabello. Angelina, Esperanza, Chela, Hermi, Sandía, Lilith. Abuelas, hermanas, madres, sobrinas. Mujeres. Tengo un trocito de cada una llenándome la piel. ♪

---

\* Un dulce tradicional mexicano.

## Te amo, mujer

ANDREA MARTÍNEZ BARRETO  
(Mariposa Invernal), de Bogotá (Colombia)

Te amo, mujer.

Ayer fuiste quien me acompañaste,  
equivocada, confundida, triste,  
enamorada, esperanzada y confiada,  
pero valiente, siempre valiente.

Hoy  
me despido de ti mujer,  
no porque mueras,  
no porque desaparezcas,  
no porque enmudezcas.

Eres semilla de nueva cosecha.  
Te divides en mil partes  
para retoñar en nuevas ideas,  
florecer en la libertad,  
echar raíces en la siempre yo.

Te agradezco y amo  
esa bella sonrisa tatuada en mi corazón,  
la claridad de tu mirada inscrita en el horizonte,  
tus manos plasmando mis pensamientos.

Hoy me despido sin decir adiós,  
porque eres mi sonrisa, eres mi mirada,  
eres mis manos,  
pero dividida en mil partes  
para ser una nueva mujer.



## Somos

ROCÍO SUÁREZ (Chío), de Barcelona (España),  
residente en Whistler (Canadá)



Imagen: Rocío Suárez

Paseo, me paseo por la historia, y qué injusta ha sido ésta con las mujeres... Cuántos milenios de “tú no puedes”, “tú no sabes”, “tú no vales”, forjados a hierro en nuestro linaje, intentando apagarnos, ahogarnos, cegarnos, dejándonos sin luz, sin voz, sin visión, OBLIGÁNDONOS A MANTENER NUESTROS CORAZONES Y NUESTRA VOZ EN SILENCIO.

Trataron de invisibilizarnos, haciéndonos así las protagonistas olvidadas de la historia. Aparecimos escasamente en la literatura, el arte y la ciencia, porque siempre tuvimos muchos más obstáculos para poder desarrollar nuestros intereses y trayectorias. Y las pocas que lo consiguieron no tuvieron su merecido reconocimiento.

Nos robaron el poder, nos violaron, ultrajaron y maltrataron, nos acusaron de brujas, nos tiraron a la hoguera, nos ahorcaron, nos menospreciaron, nos desvalorizaron e intentaron echarnos al olvido.

Pero estamos de vuelta...  
Conscientes...  
Hambrientas de cambio...  
Poderosas de vida...

Quemamos todos los miedos a los que nos sometieron, rompimos las cadenas con el peso del pasado y nos liberamos de tal forma que ya no caminamos, sino que volamos, movidas por la ligereza que nos provoca nuestra libertad.

Es hora de romper el silencio impuesto durante siglos, de nuestra voz silenciada y DORMIDA, es hora de ALZAR LA VOZ y gritar que estamos despiertas, unidas y preparadas.

Es hora de tomar las riendas del mundo, es hora de reclamar lo que nos pertenece.

Somos las hijas de la Madre Tierra, creadoras de vida, santos griaes llenos de amor incondicional.

Lo que nos fué robado está volviendo a nosotras de forma natural, con el orden de quien roba cosas importantes.

Es hora de sacudirse las cenizas del pasado y avanzar hacia ese mundo soñado que, juntas de la mano, crearemos. Somos merecedoras de toda la grandeza que nos rodea, porque somos todas y cada una de nosotras parte de ella. Somos portadoras de toda la sabiduría de nuestras antepasadas, así que seamos conscientes del poder que implica y despertemos nuestro ADN ancestral. No estás sola, en ti habita una gota de cada mujer que vivió antes que tú, así como, a su vez, habitarás tú en todas las mujeres que vengan después.

Y ahora, es ahora, en este momento, cuando entiendo por qué durante tantos siglos han estado manipulándonos a través del miedo, a través del maltrato y a través de la muerte. Y es que no hay ser más poderoso en la capa de la Tierra que una mujer conocedora de todo su potencial.

Es hora de contar historias, ES HORA de contar nuestra historia....

AHORA SABEMOS QUIÉNES SOMOS,  
AHORA NOS RECONOCEMOS.  
SOMOS LAS NIETAS DE LAS BRUJAS  
QUE NO PUDIERON QUEMAR.



# Maternidad

## Hablando a nuestras semillas



*Soy de Maíz, Laura Escobar-Colmenares.*

*Durante los nueve meses de gestación compartimos con el feto la comida, el oxígeno, una misma sangre impulsada por un solo corazón que late al unísono en los dos cuerpos, uno totalmente dentro del otro.*

CASILDA RODRIGÁÑEZ BUSTOS Y ANA CACHAFEIRO  
VIÑAMBRES. *La represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente.*

## Amaru: Carta de una mujer-madre a su hijo

MARCELA VELÁSQUEZ CUARTAS (*La Marchu*), de Cali (Colombia)

Hace unos nueve meses que naciste, más otros nueve de concebirte. Han sido 18 meses donde me he desestructurado, me he sentido como un rompecabezas que día a día se busca armar. Naciste de la manera más reveladora posible. Naciste al mismo tiempo que yo, confiamos el uno en el otro para vivir el gran ritual de paso que nos convirtió, junto a tu papá, en una familia. Tu llegada me abrió a dimensiones tan desconocidas que ahora, mientras escribo, lo primero que pienso es en el miedo que todo eso genera. Miedo a perder libertades, miedo a desesperar, miedo a reconocer que habría podido esperar un poco más tu llegada, miedo a asumir la vida con madurez. Pero tus necesidades no saben de eso, tu llanto no sabe de tiempo porque simplemente el tiempo no para.

Ahora puedo decirte que hubo unos momentos reveladores que me han ayudado a acompañarte más tranquila y quiero compartírtelos. El primero fue saber que poco o nada sabía sobre la lactancia; cuando te cargué para alimentarte por primera vez, me vi ante un evento desconocido, creía que estaba preparada, pero simplemente idealicé este aspecto tan profundo de la maternidad. Mis pezones se laceraron pero gané la batalla y, luego de dos meses y medio, llegué a disfrutar con plenitud amamantarte. El segundo fue entender que durante tus primeros tres meses de vida necesitabas con mucha intensidad mis brazos, mi cuerpo, mis pechos, pero sobre todo mi mente para crecer; y si me entregaba a eso, si lo dejaba sentir con humildad, los dos lograríamos acompañarnos mejor.

El tercero fue hacer muy poco, cerca de que cumplieras tus nueve meses de vida. Comprendí que mi libertad no había sido arrebatada por ti, sino que se había postergado. Ella se ha contraído, como lo hacía mi útero mientras nacías, para luego expandirse en amor y alegría, como es tu presencia en mi vida. No te imaginas la paz que eso me trajo, fue despejar una gran ventana que se encontraba nublada.

Fue hacer un clic que hoy me lleva a escribirte para plasmar parte del bello legado que vas dejando a tus cuidadores. Cada lágrima que he derramado ha sido recibida por el cuenco del amor genuino que nos das y, en honor a ello, libero las culpas y los sinsabores que se mezclan con los avatares del día a día. Más que volverme mujer-madre, lo que más he lamentado es vivir esta experiencia lejos de aquellas otras mujeres-madres que son amigas, hermagas que el camino de la vida me permitió conocer. Es estar sola contigo y no poder contenernos con la familia que también te quiere. Esa realidad no va a cambiar y por eso quiero darte lo mejor que pueda de mí, en este contexto tan difícil. Porque he aprendido en este viaje materno que la tribu es importante, vital para no desfallecer, para no descargar en ti las frustraciones que tengo como adulta. Es sumergirme en la aventura de criar con amor, con todo lo variopinto que es.

A pesar de eso, cada sonrisa, mirada, gateo y abrazo tuyo, me recuerdan lo mucho que hemos logrado, que vale la pena acompañarte como lo estamos haciendo. Desde la intuición del ensayo y error vamos tejiendo vida y, al mismo tiempo, voy hilando mi camino. Es, en resumidas cuentas, un renacimiento que inicia en lo más profundo de mis sombras que se iluminan con tus ojos grandotes que me despiertan mañana a mañana.

Así termina esta carta para ti, querido hijo, hermoso Amaru, del verbo AMAR.

Con amor profundo, de parte de esta mujer-madre. 

## Cuando te trenzo el cabello

*PAMELA MONDRAGÓN ROCHA, de Ciudad de México (México)*

Últimamente he despertado con una ilusión nueva. Me descubro expectante de tu estado de ánimo, ese que hace alrededor de un año está siendo bastante fluctuante. Te observo y trato de adivinar cuál será la mejor forma de aproximarme a ti. Deseo que hayas dormido suficiente para que no tenga que ir de nuevo a levantarte de la cama; también espero que hayas limpiado tu lonchera un día antes, así no será necesario pedirte con impaciencia que lo hagas; además, quiero verte salir con el uniforme limpio para que no tenga que pedirte que regreses a cambiarte, pues eso implicaría que me hicieras la peor de las muecas que hay en tu repertorio, y después alzaras la voz argumentando que no hay otro uniforme. Y así, si todo sale bien y logramos salir de casa sin haber discutido, sé entonces que podremos platicar mientras te trenzo el cabello.

Si te soy honesta, hace unos cuantos meses no hubiera imaginado que podría volver a peinarte. Lo dejé de hacer aproximadamente hace seis años, tú tendrías alrededor de siete y en ese entonces me sentí afortunada de que hubieras aprendido a ordenarte el cabello por ti misma; así yo no perdería tiempo en las mañanas, tú no saldrías llorando porque te desenredé los nudos y, tal vez, hasta me daría tiempo de peinarme yo.



Imagen: Pamela Mondragón Rocha

Así pasaron varios años hasta que comencé a extrañarte en muchos sentidos. Empecé a sentir cómo tu niñez se me esfumaba. Me di cuenta de que por ser la mayor siempre te creí más grande de lo que en realidad eras y te pedí muy pronto que hicieras las cosas tú sola. ¡Agh! Esa típica inconciencia humana de vivir en el futuro para después voltear a añorar el pasado que se nos fue mientras deseábamos que sucedieran otras cosas.

Pero la magia ocurrió una vez más en mi vida y lo mejor de todo es que la pude ver: ahora dices que traer trenzas “está cool”. Afortunadamente, nunca aprendiste a hacerte trenzas francesas y, por supuesto, yo estaba dispuesta a perfeccionar mi técnica con tal de volver a tener tu cabello entre mis manos, tu larga melena dorada, abundante e indomable, que tanto me recuerda a la mía cuando tenía tu edad.

El acto de arreglarte el cabello no sólo me recuerda a la niña o adolescente que fui. En realidad, cuando te trenzo el cabello puedo sentir un montón de historias entre mis dedos: por ejemplo la de Carmen, mi madre, peinando su cabellera negra y larga hasta las corvas para dar un recital en la Escuela Nacional de Música; la de Juana, mi abuela, decorando su cabello con flores para salir a pasear con Manuel, tu bisabuelo; la de la primera Carmen, mi bisabuela, que se cepillaba en su cama aun estando enferma, días antes de morir a los 22 años; la de María de Jesús, mi tatarabuela, con el chongo bien apretado para que el cabello no le estorbara mientras lavaba la ropa de los hombres de Villa durante la Revolución. Todas ellas, nuestras mujeres, habitan, bailan y se entrelazan en tu cabello.

Hoy me doy cuenta de que no hay prisa que justifique el perderme este instante, y que si existe añoranza del pasado, seguramente es ociosa, porque en el presente está ya todo lo que fue y será, pues alguno de estos días tu historia y la mía también danzarán entre los cabellos de quienes te sucederán. ✨

# Familia

## Sanando nuestras relaciones



*Linaje I*, Laura Escobar-Colmenares. Pintura con sangre.

*El objetivo de [una] comunidad es formar un variado conjunto de personas con objetivos comunes y empoderarlos para que acepten sus propios dones, a su persona y a la naturaleza. En la comunidad hay espacio para que todos sus integrantes se esfuercen por acercarse lo más posible a lo que realmente son.*

SOBONFU SOMÉ. *Recibiendo al Espíritu.*

## Flor de cinco pétalos

VITALIA ESPERANZA RAMÍREZ NIETO  
(Viento de Flores), de Bogotá (Colombia)

### ✦ Primer pétalo

—¿Y qué va a estudiar su hermana?—, me preguntó una amiga una mañana, al salir del colegio departamental de Bogotá Silveria Espinosa de Rendón, donde estudié el bachillerato.

—Ingeniería química—, le respondí.

—¿Y no se va a casar?—, preguntó, con un asombro que me sorprendió.

—No piensa en ello. Quiere estudiar y viajar a Alemania.

Lleva ya cuarenta años viviendo allí. Sin duda alguna la más aguerrida de las mujeres en mi familia, líder y autosuficiente.

Bertica viajó con el conocimiento básico del alemán, cuando ese idioma asustaba con solo escucharlo nombrar; determinada a irse de la casa, vivir de otra manera, lejos de la alienación social y el machismo familiar. Ingresó a la Universidad Nacional de Colombia en pleno auge del movimiento de liberación femenina cuando pocas voces de mujeres se escuchaban en esa facultad.

Inteligente y aventajada, de la casa la mayor, se fue sin mirar atrás. Así deben ser las decisiones que nos determinan —supuse yo—; de lo contrario, como en las plantas, si se le pone una cuerda al tallo, lo aprieta tanto que no deja florecer lo que vino a traer.

Nadie hay que mande sobre ella... Con gran esfuerzo de todo tipo, y mucha voluntad, ha alcanzado el sueño que yo

le conocí. Aún recuerdo sus lágrimas cuando algunas veces las derramó; luchaba por la igualdad de sus derechos en una familia y una sociedad que no la comprendió.

Iba adelante, era la mayor, estaba sola, pero aun así lo logró. Hoy día tiene su familia; el tiempo y dos nietos ablandaron su carácter. Y a juzgar por las sonrisas que la acompañan, yo diría que su sueño se cumplió.

## Segundo pétalo

—¡Esa Nubia sí que sabe de todo!—, dijo un día mi mamá. Yo me quedé en silencio, pues cuando era niña Nubia se fue a trabajar en el día con una tía y yo ni la veía.

La más sabia de todas, sin duda un alma vieja, buscadora de la justicia y la honestidad, aunque más de una vez la encontraron con la copia en la escuela Manuel Rueda Vargas, donde estudió, cuando por hiperactiva —en ese tiempo “desobediente”, valga la aclaración— la ponían con las manos arriba y al descubierto su copia en las piernitas quedó.

Luchadora y trabajadora desde su juventud, con la dificultad siempre de decidir su mejor opción. Bendecida es ella, pues conoce su corazón y lee el corazón de quien le habla; por eso ser profesora le correspondió y, aunque de joven estudió para bacterióloga, fue en la adultez que su destino de educadora la llamó. Segura estoy de que quien la escucha se beneficia, porque cuanto dice no es en vano, a pesar de que a veces habla demasiado.

Firme en su posición, organizada en las finanzas, no da paso sin dedal —así es, como lo leyó: paso sin dedal—; ambiciosa y amorosa, es un verdadero pan. Si desarrollara la intuición que posee, vería lo que mañana vendrá, pero cauta y controlada deja a cada día su afán. Le encanta la buena comida y descansar, mejor si mientras tanto los otros trabajan, para saborear con placidez el momento, ella en casa y los otros allá.

Siento que en su interior hay mucha riqueza sin explorar, prefiere estar tranquila en la cotidianidad, de vez en cuando sale a conocer el mundo y disfrutar, pero recuerden: ya sabe, ya conoce; es solo que es “sencilla” —como ella dice— y así le gusta estar.

La recuerdo siempre riendo, tomándole el pelo a la vida para que no se la gane, pues lo que ha sufrido sólo ella lo sabe, y siempre dice: la actitud es lo importante. Y aunque con nadie se mete, alguna vez la llamaron “el oráculo”, porque como mi mamá decía: esa Nubia sí que sabe de todo, y —yo le agregaría— de más.

## Tercer pétalo

—¿Pero por qué llora?

—Porque se sacó nueve con nueve y no diez...

—Upss, ¡vea pues!... —digo yo.

La inteligencia la acompaña y el amor familiar. Es Consuelita: investigadora, creativa y artista, para todo lo que se proponga tiene habilidad.

Siempre la primera, estudiosa a cuál más; madre, amiga, hermana, completa en sus relaciones está; luchadora incansable, algo de Midas tendrá, pues lo que gana lo multiplica por cuatro y además da.

Todo lo ha ganado con base en su esfuerzo personal, pila, repila, es muy capaz. Su obstáculo ha sido... ¿uhmm..?, no sé cuál, pues ella supera todo a cuanto le apunta, con amor y alegría siempre va.

Aunque a veces es sensible y llora, con los hijos todo cambia y tras sus ojos va, los ama como toda madre, ¡qué se le va a hacer! Las que quieren mucho a los hijos la sabrán comprender.

Más cualidades tiene: juiciosa, determinada, siempre sabe lo que quiere; hace de esposa y de mamá; ha sufrido, sí,

ha sido largo su andar. Sin embargo, posee otra cualidad: la tranquilidad del alma que obra con lealtad a un bien superior al que se ha entregado para poder vivir con paz.

Yo la recuerdo haciendo oficio, y tiene la sazón de mi mamá. Bueno, la verdad es que Consuelita es una madre donde va; siempre estudiando y responsable en su actuar. Lo único es que llega tarde, la puntualidad no se le da, pero si de notas se trata no le gusta un decimal.

Mucho orgullo le dio a mi mamá, eso siempre se le agradecerá; llevaba alegrías a la casa pues solo dieces se sacó, y si no, ya saben lo que pasa, ¡válganos, Dios...! De mi parte también le agradezco pues, por su mediación, de alguna manera logré: conducir, viajar a Maryland y hasta a Finiſterre llegué.

### *Cuarto pétalo*

Mi Patys, ¡oh Dios!, es bien particular, una géminis genuina, diría la carta natal; es una bella rosa con espinitas de cuidar.

Sin duda es una manifestadora: casa, carro, viajes, estudios, ella los logra concretar; si bien todo es con su trabajo y eso es de admirar. Su corazón es enorme cuando de buen humor está, porque si no, ¡ayayay, a aguantar! Ella dice siempre decir la verdad y nada más que la verdad, y sí, la dice en verdad, pero es cruda a cuál más. Ha ido a muchos sitios lejanos. Yo he sido beneficiada con su generosidad y también, por otro lado, he sido testigo de su espada de la verdad.

El amor para ella es un artilugio, pero su bello corazón se merece más; cuando lo mire ante la balanza de Horus se sorprenderá. Es que todo lo enmarca en una sola realidad, esto le impide ver la magia que en ella está.

Nubita dice siempre —y no es de dudar— que “un ángel la acompaña en su caminar”, pues es rápida, concisa y fugaz; no da espacio para la mediocridad, no te pasará una,

ni media, ni un cuarto; así es ella, un sol que brilla y muestra todo, bien y mal.

Guerrera, sí, guerrera; amorosa, sí, amorosa. Merecedora de todo bienestar.

### *Quinto pétalo*

Yo, Esperanza, caminante soñadora a cuál más. Dicen que no me gusta trabajar, pero sí, en un horario corto y con posibilidades de viajar, debe ser a eso que se referirán.

He caminado mi camino, soy de mucho andar; los pies se han manifestado, la piel lo ha demostrado, el sol en mi cara siempre está. Me gusta escribir a ratos y si rima, mejor. Y aunque nunca clasifiqué para el coro del colegio donde estudié siempre voy a clases de canto, aunque no cante bien; a clases de baile, aunque el ritmo se marche; a clases de yoga, aunque el cuerpo la posición no alcance. Esa soy yo; un duende, me dijeron alguna vez, pero no me gustó. Me gustaría más que me llamen: poeta, loca, bruja, mujer de poder —¡ohh, suena bien!—, pero como dijo alguien alguna vez en relación con la poesía y la locura: ese lujo para todos no es.

Estudiosa no mucho, también profesora —de las cinco todas hemos sido profesoras, algunas por más tiempo que otras—, qué casualidad... Yo me pregunto siempre: ¿Qué quiero ser...? Uhmmm... Es lo que busco desde que, una mañana en el colegio, una amiga me preguntó: —¿Y su hermana qué va a estudiar?—, y dentro de mí pensé: ¿Qué voy a estudiar yo?

### *La flor*

La flor es mi mamá. Volvió a la tierra hace tiempo pensando que no floreció, pero ella somos todas. Para sí misma diría: “YO SOY ELLAS, ELLAS SON YO”. 

## No diré que llovía

*LAURA ESCOBAR-COLMENARES (Lau Escol),  
de Oaxaca de Juárez, Oaxaca (México)*

No diré que llovía,  
porque eso es imposible  
en octubre.  
Mejor diré que la mañana  
era fría, gélida.  
Diré que el hielo de la noche anterior  
quemó todas las hojas de los crisantemos  
y que eso puso triste a mamá.  
Diré que me trajo la tristeza  
y que por eso mis ojos  
están hechos de lágrimas,  
aunque también están hechos de nubes  
y de un poquito de sol.  
Diré que no lloré  
al salir del oscuro túnel,  
que no llegué envuelta en sangre;  
diré que nací con néctar libado de colibrí.  
Tal vez diré que la flor de veinte pétalos  
con su amarillo encendido  
me llamaba.  
Diré que el olor del cacao en vaina  
inundaba la habitación  
y en mi pequeñez,  
lograba suspenderme  
a la mitad de la nada.  
Diré que el día que nací,  
una hembra de jaguar  
parió lunas en la selva;  
diré que ella me heredó las manchas.

No diré que ese año  
mi abuelo no cosechó  
ni un grano de maíz  
(no quiero que crean  
que traigo mala suerte).  
Diré que al mediodía  
las luciérnagas revoloteaban alegremente  
con sus linternas incendiadas  
y que las polillas de alas iridiscentes  
reptaban en la hojarasca.  
Diré que aquel día  
la abuela se sentó frente al metate  
como siempre,  
en silencio,  
como quien sueña.  
Diré que ese mismo día,  
la tortuga más longeva  
desovó estrellas en el Pacífico.  
Diré que mamá  
me abrazó sonriendo  
con la fuerza de sus veintiocho años.  
Sin embargo, no diré  
que vine con la lluvia,  
porque eso sería imposible  
bajo el cielo de octubre.



*Ella, Laura Escobar-Colmenares.*

## El jardín de la casita musical

*JULIANA COLIBRÍ DE ORO, de Bogotá (Colombia)*

Mi primer jardín en esta encarnación fue una casita musical; una casita donde un hombre y una mujer germinaban juntos en búsqueda de la belleza, la expresión y la libertad; una casita llena de vida apasionada, llena de jardines y sueños propios, llena de siembras cotidianas y frutos inagotables; una casita que fue testigo de un matrimonio feliz.

Recuerdo muy bien cuando mi estrella de origen me dijo que antes de volver a encarnar en esta Tierra lo primero que tenía que elegir era a mi nueva madre y a mi nuevo padre biológicos. Recuerdo también que apenas vi esta casita me enamoré de ella a primera vista. No sé si fue su aspecto *sui generis*, su rock de los setenta sonando a toda hora, o su apariencia de fábula lo que logró cautivar mi corazón. En cualquier caso, al encontrarla, decidí no buscar más; aunque no llamé a su puerta de inmediato. Desde el otro mundo, estuve contemplándola durante un buen tiempo, para así estar segura de que la joven pareja que vivía allí dentro me esperaba y soñaba conmigo.

Lo vi a él fabricar la cama donde juntos dormían cada noche. La vi a ella tejer y confeccionar cojines, cortinas y ropa para ambos. Lo vi a él elaborar muebles, butacos y mesitas donde los dos hacían planes, leían un mismo libro, llegaban a acuerdos, o compartían el alimento cada día. La vi a ella gritar de felicidad cuando terminó de crear un cubrelecho multicolor que pronto se convirtió en uno de los principales orgullos de aquel hogar. Vi cómo todos estos diseños eran originales, cómo todo nacía de aquellas manos por primera vez, para nunca más repetirse, para ser único.

Al verla a ella con detenimiento, al verlo a él profundamente, al ver bien a su amada casita, no dudé en elegirlos.

Él pintor y ella poeta. Él estudiante de artes y ella profesional en economía. Él amante de los viajes y ella maestra de historia universal. Juntos: una mezcla perfecta de pasión y compromiso, belleza y sabiduría, investigación y creatividad, estética y administración. Sin embargo, apenas los elegí, apenas dije sí a esa madre y sí a ese padre, salieron a flote todos los secretos entre ellos. Supe entonces que había heridas, engaños y culpas no dichos hasta ese momento. Ellos también lo supieron, y fue tan doloroso saberlo que la casita tambaleó y la pareja se separó por primera vez. Pero aún se amaban, aún sentían que no podían vivir el uno sin el otro, por eso seguí en pie con mi elección, por eso fui y la visité a ella, aquella tarde en que la herida se convirtió en puerta y el dolor en fuente de conocimiento. Por eso entré en su llanto y toqué su corazón puro, porque ella necesitaba entregar su casita, su amada casita, a una voluntad superior; y yo también, yo también necesitaba entregar mis casitas, todas mis casitas, todos esos cofres de amor donde amé y fui amada, vida tras vida, encarnación tras encarnación.

Nuestras lágrimas se llevaron todo, se llevaron las puertas y las ventanas, se llevaron los techos y las almohadas, se llevaron las fotos y las chimeneas; todo se lo llevaron, porque así ella y yo lo pedimos, aún sin conocernos, aún sin vernos; porque la pureza de nuestro amor se abrió como una flor eterna, y esa flor era una madre y una hija al mismo tiempo, porque esa madre y esa hija se abrazaron, y ese abrazo fue más que una casita, fue la gran casita, la primera, la que nunca se va, la que nunca nos deja, la matriz de todas las casitas. Y la puerta se abrió, y el amor humano se hizo divino, porque ambas lo merecíamos, porque ya era el tiempo, y la gran casita no tenía ladrillos ni aldabones, no tenía muebles ni armarios, no tenía cemento ni candados, no tenía nada, era solo música, música inmortal, música de las estrellas, música del Gran Misterio.

De pronto, oí un grito que me llamaba; un grito que era mi futuro padre sentado en frente de un lienzo blanco, con un pincel en una mano y una paleta de colores en la otra mano. Cuando llegué a él vi en su mente y en su corazón bocetos imaginarios peleando entre ellos por salir. Vi cuerpos desnudos flotando en aguas turbulentas, a veces como cadáveres, a veces como parejas haciendo el amor entre algas, corales, estrellas de mar y hojas secas. A primera vista, la unión sexual en estos bosquejos parecía ser gozo y satisfacción pero, mirada con detenimiento, no era más que una guerra por el poder: el hombre siempre queriendo estar encima de la mujer, o la mujer siempre queriendo estar encima del hombre. Aunque esta vez mi futuro padre se negaba a levantarse para plasmar en el óleo lo mismo de siempre. Ya no quería más parejas infieles en sus trazos, ni más pinceladas de matrimonios jaula en su obra; ya no quería retratar a más viejos perversos mirando a niñas vírgenes, ni tampoco a más mujeres resentidas castigando a sus hombres hasta hacerlos sangrar. Por eso su grito, un grito de auxilio, porque quería pintar algo distinto pero no sabía cómo, no sabía cómo salir de ese río de sangre que se empeñaba en obligarlo a plasmar sus círculos viciosos, una y otra vez.

Yo tampoco sabía, por eso fui un rezo en la oscuridad para él, por él; por esa sangre que era el pasado de mi sangre, por esos huesos que eran la memoria de mis huesos, por ellos fui hasta el último infierno para traer el primer cielo, por ellos fui hasta la más antigua muerte para traer la vida eterna, para ese él, por ese él, quien después de una larga noche de lluvia me dijo: “toma mis manos, son tuyas, toma mi fuerza, te pertenece”. Yo así lo hice, tomé aquel pincel y aquella paleta, y plasmé sobre el lienzo blanco el fruto de mi oración: una laguna sagrada. Luego el Gran Soñador entró en mí —porque yo me quedé inmóvil, sin saber qué más pintar—, y de su sueño profundo trajo un nuevo hombre y una nueva mujer a través de mis manos. Él y ella surgían del

agua pura, de pie, en posición vertical; ninguno arriba, ninguno abajo, ahora el uno frente al otro, ambos de la misma estatura, de la misma edad y en el mismo nivel de evolución espiritual. Por fin en equilibrio. Mi futuro padre unió su voluntad a la nuestra, retomó sus manos y pintó sobre los dos cuerpos desnudos alhajas, coronas y finos ropajes de oro y piedras preciosas. Luego corrió a buscar a quien sería mi madre, para pedirle perdón y decirle que volviera a la casa. Ella lo abrazó, temblando. Ambos lloraron.

Los vi de pronto bajo el agua de la ducha, inmersos en besos, risas y suspiros de amor. Él la enjabonaba a ella y ella lo enjabonaba a él. Mis ojos aún no nacidos pudieron verse por primera vez cuando, después de un abrazo, él y ella se miraron profundamente. Nunca se habían extrañado tanto, nunca una mirada había sido tan larga entre ellos. Mis labios aún sin boca pudieron decir sus primeras palabras en las palabras que ambos pensaron en ese momento. “Quiero que oigas la matriz de todas las casitas —le dijo ella mentalmente—, quiero que esa matriz nos envuelva a los dos y nos enseñe el camino del amor verdadero”. “Quiero que veas la pareja sagrada que nació hoy en mi lienzo —le dijo él sin mover los labios—, quiero que esta noche tú y yo seamos esa pareja”. Y siguieron mirándose, en pleno silencio, como eternos enamorados.

De un momento a otro, cuando ya habían llegado a la cama, la petición de ambos se cumplió. En lo más profundo de un largo beso él oyó la música de la primera casita; y al poco tiempo, en un destello de luz, ella vio a la pareja que él había pintado. Luego, al abrazarse, ambos sintieron cómo la matriz de todas las casitas se convertía de pronto en un pequeño cofre de música, en cuyo interior danzaba una pareja de muñequitos que era la réplica perfecta de la pareja del lienzo. No obstante, apenas empezaron a hacer el amor, se metió la energía de un coyote hambriento que olfateaba con

afán los cajones donde se guardan las joyas, como si quisiera descubrir un tesoro secreto. Mi futura madre empujó a quien sería mi padre diciéndole “egoísta”; luego le dio la espalda y se atacó a llorar. Él vio a una araña viuda negra devorándose a una araña macho y optó por darle la espalda también a su esposa, pues no quería dejarse meter en sus enredos ni permitir que lo manipularan hasta hacerlo sentirse el más culpable de todos los culpables.

Yo no podía creerlo. No podía creer que ellos estuvieran arruinando ese preciado momento. Recuerdo que estuve a punto incluso de irme con la intención de buscar otro padre y otra madre, aunque por fortuna no lo hice. Al poco tiempo lo vi a él tararear la música de la primera casita mientras se metía de nuevo en el cofre de amor, esforzándose por ser el muñequito cortés y caballeroso que danzaba allí dentro. Ella sonrió ilusionada, dio la vuelta y abrazó a su esposo, a su amado esposo. Otra vez estaban danzando. Ella no quería dejar de danzar nunca, él tampoco. Sólo querían danzar y danzar.

Siguieron haciendo el amor. Poco a poco él fue olvidándose de descubrir la joya secreta y ella de defenderla a capa y espada. Una vez más eran el muñequito y la muñequita dando vueltas eternamente en el día de su gran boda. Y cuando ya se olvidaron por completo de aquella misteriosa joya, él sintió que era un hombre antiguo y que lo cubría una gran piel de oso. Se sintió el primer chamán en toda la humanidad y quiso curar el dolor de su esposa, porque se sintió responsable de ese dolor. Ya no quería obtener nada a cambio, esta vez no quería nada para él; esta vez solo quería el bienestar de ella, entonces le dijo que entrara en sí misma, en cada caricia, en cada beso, en cada nueva postura. Así ella lo hizo, y de este modo se sintió amada y respetada. Ya no pensó en complacerlo a él, ya no tenía que fingir para que él estuviera feliz. Pronto surgieron pétalos y mariposas de sus poros. Toda la alcoba se llenó de mariposas y de pétalos de muchos

colores, en especial de color violeta. Ella quiso protegerlo a él, así que fue a rescatar un colmillo de coyote para que le sirviese de amuleto. Mientras tanto él vio cómo un atrapasueños era tejido con hilos de oro por unas manos invisibles. Al ver esto ya no tuvo miedo de la araña. Mi futura madre invocó al Gran Padre y a la Gran Madre, y rezó por él y por ella y por los dos, y naturalmente, sin buscarlo y sin rehuirle, juntos llegaron al orgasmo al mismo tiempo. Fue un orgasmo cósmico, eso no lo olvido; como tampoco olvido que en ese orgasmo, él y ella, fusionados en el absoluto, entraron en la joya secreta. Entonces supe que en esa joya estaba yo, esperándolos. Supe que había llegado la hora de dejarme llevar, la hora de entrar en este mundo.

Tres años más tarde mi padre y mi madre se separaron. Pasé mucho tiempo de mi vida sin saber nada de aquel acontecimiento, hasta que el Olmo y la Amapola que vivían en el patio de nuestra casita se aparecieron en mis sueños para recordarme cómo y por qué se dio esa separación. Ellos me han contado que en aquella época las casas de familia solían tener un patio interior donde crecía un gran árbol rodeado por un hermoso jardín de flores. Era muy común que los árboles y las flores imitaran a los dueños de casa. Tal como los esposos cumplían el rol de ser el sostén, la autoridad y el conductor del hogar, así mismo los árboles se erguían en el centro del patio con fortaleza, brillo y seguridad. Tal como las esposas cuidaban y servían a sus maridos con amor y devoción, asimismo las flores embellecían y perfumaban a los árboles, convirtiéndose en muchas ocasiones en enredaderas que ascendían en forma de espiral por sus troncos y ramas.

El Olmo y la Amapola de mis sueños me cuentan que mis padres y ellos siguieron este mismo ejemplo de vida conyugal, hasta un poco antes de que mi madre quedara embarazada de mí. Por aquella época Olmo descubrió una mañana que aunque adoraba las flores de su Amapola a veces ellas

lo asfixiaban hasta el punto de dejarlo sin aire para respirar. Amapola, por su parte, se dio cuenta que el sentido de su vida no podía ser solamente abrazar a su Olmo; primero porque él ya no era un niño, y segundo porque ella también quería ser abrazada. Fue entonces cuando surgieron las primeras peleas graves y los primeros intentos de separación entre mis padres. Cuando yo nací Olmo empezó a soñar que de él brotaban unas flores pequeñas, casi imperceptibles, al mismo tiempo que mi padre se ausentaba cada vez más de la casa. Amapola y mi madre dormían mucho en esa época, tal vez porque en sus sueños estaban descubriendo el verdadero significado de su existencia: tener un tronco propio. Al despertar, los cuatro solían encontrarse con que su amada casita se había convertido en una herida vieja y mañosa que no se dejaba ver, una herida que los tenía presos en el vicio de ser las marionetas de antiguas historias de sufrimiento, donde no hay nada más que víctimas, verdugos y salvadores.

Ninguno hablaba con el otro de lo que estaba pasando. De hecho, ya casi nunca se veían. Cuando mi padre dormía mi madre aprovechaba para estar despierta, y cuando mi padre despertaba mi madre se iba a dormir. Lo mismo hacía Olmo y Amapola. Hasta que una noche de tormenta un poderoso rayo cayó en el centro del patio partiendo en dos a Olmo. Amapola, quien aún permanecía abrazada a él, murió enseguida. Murió abrazada a su Olmo, al mismo tiempo que su Olmo moría abrazado por ella. Conmovidos hasta el fondo de los huesos, mi padre y mi madre lloraron juntos como hacía mucho tiempo no lo hacían. Era muy claro que la muerte también venía por ellos. Ante tal verdad, se abrazaron, con toda el alma, con todo el corazón, para decirse gracias por todo, por lo bueno y por lo malo, por lo grande y lo pequeño, por lo dulce y por lo amargo. Habían sido cinco años de compartir la vida, y esos cinco años merecían una confesión honda y transparente por parte de ambos.

—Ya me voy —dijo ella de pronto—, por fin te suelto y te dejo libre, por fin me suelto y me dejo libre.

—Honraré la memoria de nuestro amor en mi corazón —respondió él—. Gracias por perdonarme. Tu perdón ha sido la puerta a mi libertad.

—Dicen que sólo la sinceridad con nosotros mismos nos habilita para perdonar a los demás. Así que al perdonarte a ti, lo que hice fue perdonarme a mí misma. Y por otro lado yo también cometí graves errores en mi relación contigo. Gracias a ti también por perdonar esos errores.

—Que la Gran Diosa y el Gran Dios te bendigan—, dijo él, quien hasta entonces se había declarado ateo.

—Te amé mucho —exclamó ella, y se marchó.

Los estoy viendo a cada uno tomar su propio sendero. Ambos sienten el deseo de mirar hacia atrás, pero no lo hacen, por fidelidad a sí mismos. Oigo el sonido del cofrecito musical en el corazón de mi madre, y luego en el corazón de mi padre. Ambos sonríen. Saben que aunque ya no estén juntos, la casita de amor donde convivieron durante cinco años siempre estará presente en lo más profundo de sus corazones. Ahora soy yo quien camino. Tengo 35 años. La cajita de música suena dentro de mí, mientras yo pienso: qué buena elección hice al elegir a esa madre y a ese padre. Ahora sé que las heridas que en algún momento hubo entre ellos, heridas que también estaban dentro de mí, ya se cerraron y cicatrizaron porque aprendimos juntos la lección. Prueba de ello es que hoy mi padre es un Olmo con sus propias flores, y mi madre es una Amapola con tronco propio. Por mi parte, me he encontrado a mí misma y me siento una mujer completa y plena. De esto pueden dar fe las obras que nacen de mis manos; obras en las cuales honro a esa casita, a esa amada casita musical, donde mi padre y mi madre biológicos alguna vez lucharon, amaron y fueron felices. ❧

## Sin título

*De la serie El corazón mecido en una hamaca*

*ÁNGELA SÁNCHEZ, de Sevilla (Andalucía) - Colombia*

¿Y que será esta nueva semilla  
que empieza a agitarse en mi interior?  
—Lléname de amor, puedo recibirlo—  
diría, al llegar jubilosa a mi tierra.

se metería  
se meterá  
se mete agitando la colita en esa sensación  
húmeda y oscura,\*  
deseando abrirse pronto en un brote verde  
que se estira decidido hacia la vida  
saliendo al sol de mi conciencia  
con la certeza del camino exacto  
con la intención de quedarse  
de recibir toda la luz, la lluvia, el viento,  
en definitiva, el amor.  
Ella lo da por sentado.  
Y así haré yo.  
Y así hago yo.

(\*) Se remueve divertida  
entre otras semillas que cantan.  
Juntas, se alientan en la subida,  
escuchan el suavísimo crujir  
de la que salta con ganas a los peligros de la vida  
indestructible en su inocencia, en su camino.



## La torta de banano

*SARA PATRICIA MONTOYA ACOSTA (Paty),  
de Medellín (Colombia)*

Hicimos una torta de banano... En estos días tan lluviosos, con el ánimo deteriorado por el “frío” —que aquí realmente es relativo, ya que la temperatura no baja de 15 grados—, deteriorado por el encierro —que aquí en la finca sí es muy muy notorio, la mitad de la vida y de las actividades se desarrollan de puertas para afuera—, en estos días de ánimos caídos, pensé: ¡Hagamos una torta de banano! Primero, para cambiar de actividad y darle un toque de novedad a la tarde; segundo, para usar algunos de los miles de bananos que mami le compró a la vecina; tercero, para tener algo diferente que comer y picar en estas tardes de lluvia y nada que hacer; y cuarto, para probar mis dotes culinarias... Sí, ¡muchos objetivos que cumplir! Hagamos una torta de banano...

Con lo que no conté fue con la intervención de mis padres... Cuando él me ve en acción lo primero que niega, y frente a lo que se sorprende y explota, es que le vaya a echar huevos a la torta: “¡Pero cómo se te ocurre! Si eso tiene bananos... ¡y esos no cuadran con los huevos! No, ¡entonces yo no como de eso!”. Fue lo primero que dijo. Simultáneamente aparece ella, con una vasija llena de semillas en remojo, a contarme que esas semillas las ha estado hidratando para que las sembremos mañana en cierto lugar... “Venga, hija, y le muestro el lugar”. Para entonces yo tenía la mantequilla y el azúcar en la batidora y trataba de medir los otros ingredientes. Sólo dejé todo allí y me fui a ver el sitio donde podríamos sembrar las semillas, sin premura y sin afanes para que mami no se sintiera despreciada o malinterpretada...

Resuelto esto, regreso a la cocina; ya no me acordaba exactamente de en qué iba la torta. Aún así, trato de retomar

el cuento, y sigo buscando y midiendo ingredientes. La cocina es estrecha y larga, y al fondo de la misma solo cabe una persona. Para poder manipular utensilios moví algunas cosas, como la jarra del agua hervida... A mi padre se le antojó agua para tomar. Además, sólo le servía el pocillo con el que yo medía los ingredientes, y entonces tiene la oportunidad de revisar el cuenco donde yo estaba haciendo la mezcla. La mira, suelta la carcajada, y dice: “Mijita, creo que usted mejor se dedica a otras actividades”. Yo apenas iba en la mitad de la torta y entonces pienso: dejémoslo que salga de la cocina y me dé un poco de espacio, sigámosle la broma...

Así fue; pero cuando volteo a despedirlo me encuentro con que mami está en la puerta dándome múltiples indicaciones sobre cómo se hace la torta y riéndose de mis habilidades. Sin embargo, confía en el resultado; muy comedidamente me ayuda a lavar platos, pero tiene que meterlos en la alacena y entre todo lo que recoge también se lleva los ingredientes seleccionados... En ese momento me pregunté si iba a ser capaz de terminar tan dura empresa. Aún así, continúo con mi tarea y los esquivo entre broma y broma... De verme tan atareada, se van y me dejan un rato en paz.

¡La torta por fin al horno! Improvisando, o dejando ingredientes de lado porque mami le regaló las esencias y las uvas pasas a la otra vecina. Bueno, no importa, pensé... al molde y al horno... Pero antes mami tuvo que revisar el horno y preguntar casi seis veces que si lo había desocupado... Entonces se larga el gran aguacero, con rayos y centellas, motivo por el cual, y por segunda vez, ambos salieron disparados de la cocina. Ufff..., ya para entonces la torta va por muy buen camino pero, después de 20 minutos, corro a mirar cómo va la tarea y papi empieza: “¿Qué hubo de la torta? ¿Qué pasó con la torta? ¿Y no me vas a dar torta?”.

Quedó deliciosa, pero muy caliente y, como era noche, ya ninguno de los dos esperó para comerla y se fueron a la

cama. Esa noche, entonces, la famosa torta de banano se quedó pendiente... Al otro día ya nadie se acordaba de ella... Yo, muy insistente, les brindé y, bueno, ambos dijeron que sí, que rica, que muy sabrosa. Sin embargo, papi —que a todo le pone el pero— dijo que eso entre banano y huevo no debía ser bueno para nada, que debía atacarte el estómago y que esos dos ingredientes para nada se unen. “Yo no le hubiera echado huevo. Pero bueno, mijita, sí quedó buena”.

Afortunadamente tenemos de vecinos a Ricardo y familia, incluyendo a Daniela, que mide un montón de centímetros de alta con sus 14 años. Para ella estuvo exquisita. Lo más interesante de la torta fue que, al día siguiente, aparece por aquí la vecina a la que mami le había regalado las esencias y los ingredientes. Se los regaló porque siempre pensó que “esta pequeña campesina ha estudiado culinaria en el SENA\* y necesita tener apoyo. Si no le encargo una torta semanal, ella no va a tener cómo practicar lo aprendido”. Lo cierto es que la pequeña campesina, que se llama Marcela, le trajo una torta de chocolate según las instrucciones recibidas desde hace como tres semanas, torta de chocolate que empezó a competir con la de banano.

La de chocolate llegó y yo, muy diligente, le indiqué que volviera al otro día para pagarle el valor del pedido. ¡Quién dijo miedo! Para mi madre fue terrible no haberle pagado en su momento. También fue terrible cuando le dije que la pequeña campesina compraba la caja de torta instantánea en el pueblo, y que no es que se dedicara a practicar la culinaria aprendida, sino que la hacía de acuerdo a la mezcla pre-hecha. Hubo llanto, agresiones, desdenes y todo tipo de situaciones difíciles.

Para mi madre, yo era la culpable de que la pequeña campesina no progresara porque yo no le había explicado

---

\* Servicio Nacional de Aprendizaje, institución pública colombiana para la educación técnica.

correctamente el tipo de torta que queríamos. Que ella era tan diligente y quería presentarnos tan bien la torta que “iba al pueblo a comprar una caja dónde traerla”. Desvirtuar el cuento, y la importancia y función de la caja... ¡eso sí que fue un reto! Afortunadamente para la paz del hogar, al día siguiente apareció la pequeña campesina. Mi madre la ve y se alegra montones, le explica que ella desea apoyarla en sus estudios de culinaria y que la torta le ha quedado deliciosa, y que dónde consiguió la caja. La pequeña campesina, muy ingenuamente, le dice que ha hecho la torta sólo porque mami se la ha solicitado, que ella nunca estudió culinaria, que lo que estudió fue peluquería... Los tres nos quedamos mirándola y no sabíamos si reír o llorar. Mi padre muy sabiamente le dice que “para ser peluquera, la torta le ha quedado deliciosa”. Y mi madre le dice que, a pesar de ser peluquera, la torta de chocolate le ha quedado muy bien... pero que tiene una pequeña crítica que hacerle... y es que le quedó muy oscura... ¡parece de chocolate! Así, mi torta de banano pasó a un segundo plano en muy pocas horas; lo poco que quedó le tocó a Lula, la perra. ¡Ella sí no le puso intensidad al cuento!



Fotografía: Sara Patricia Montoya

## *Otra mañana, semanas después de la torta*

Después de tres horas de jornada en el jardín, una temperatura promedio de 24 grados, muy húmeda además porque se avecina una fuerte lluvia, estás tan sudorosa y cansada que lo único gratificante a un plazo inmediato es una buena, muy buena ducha. Ducha que aquí tiene la característica de encontrarse en un baño grande e iluminado; cuando te bañas estás en contacto con la naturaleza, puedes ver por la ventana el paisaje y entra la luz a manos llenas, el sol te acompaña, te invade en el atardecer, te duchas y sientes solamente la sensualidad de tu cuerpo cansado y sudoroso en contacto con el agua fresca a borbotones y el verde de la naturaleza... ¡eso es lo que yo llamo reconfortante!

Terminas tu baño y te encuentras con un espejo inmenso que te define la vida. Allí, después de este momento tan gratificante, ningunos años, arrugas o cansancio existen; solo ese sol del final del día que te invade, un sol tenue, que te cubre a medias. Además el descanso que te proporciona el agua y la felicidad de saber que eres muy, muy afortunada de estar en este sitio disfrutando las cosas simples, sencillas y maravillosas de la vida... Ahí, en ese momento, ¡entiendo lo que implica y lo que significa ser feliz! Lo eres tanto que ya no te sientes mayor de nada, ni arrugada en ninguna parte, ya no pasan los años... solo tu energía y bienestar te acompañan, además de la certeza de que ha sido un día maravilloso... ¡Qué bien que una simple ducha bien ubicada te produzca tanta alegría! A todos nos debería pasar... ¿o no?

## *Más adelante en esta historia...*

Bueno, pasan cosas muy locas aquí en mi refugio hermoso. Tengo que contar con la vejez de mi padre y la locura de mi madre... ¡es maravillosa! Ver que las toallas del piso ahora se usan para secarte cuando sales del baño y las del

baño se usan en el piso... También que los limpiadores de la cocina están regados por toda la casa y que la leche que he comprado para el desayuno y la comida de mi madre ahora la disfruta el miserable gato que no sirve para nada. Además... aquel bello tono en la voz de mi madre, que dice textualmente: “Sara, ¿qué hiciste el recogedor? ¿Por qué me lo escondes? ¡Claro, es que esta ya no es mi casa! ¡Me desplazaron! ¿Usted a qué vino? ¡A quitarme mis derechos! Pero como esta ya no es mi casa...”. Yo me quedo mirando y salgo como loca a buscar el gran recogedor...

Y entonces ella mira el recogedor; para entonces ya se le olvidó para qué lo necesitaba, lo instala en la mitad de la sala, y va y se acuesta, porque ella “ya ha trabajado mucho y está muy cansada”. Sí, es cierto, son casi las 8 am, y ella se levantó a las 6 am. Para entonces mi hermosa madre se ha fumado casi 10 cigarrillos y ha visto la vida a través de su ventana — siempre se refugia en el comedor, allí hay una bella panorámica—. Sigue viendo la vida a través de sus construcciones; ella, con sus pequeñas manos, creó y construyó este bello espacio. Es su logro, lo soñó y lo hizo... y hoy, aquí y ahora, sólo me resta respetar su locura y su ensoñación, no cambiar nada, solo dejarla disfrutar de sus triunfos y enaltecerlos...

*Y mucho tiempo después...*

Ya la mami se fue, su mente está en otro lado, y mi pregunta es... ¿cómo puedo ser cada día mejor para acompañarla hasta el final? ✍️

**Las mujeres que me habitan,  
Autobiografías - Parte II  
será lanzada en el equinoccio  
de primavera (marzo de 2019).**

## Convocatoria abierta a mujeres...

...poetisas, narradoras, escritoras en general;  
mujeres que quieran compartir su saber  
ancestral, su experiencia, sus consejos,  
sus vivencias, su sentir y/o su pensar;  
ilustradoras (con tinta o con sangre).

**El próximo número tendrá como temática principal:**

### *Embarazos y partos*

Mujer, si vibras con esto, si te resuena adentro, en tu útero, envía tu trabajo con las siguientes especificaciones:

- **Textos originales** en formato Word, con una extensión *máxima* de siete mil caracteres (incluyendo espacios).
- **Imágenes originales** en formato JPG, con un tamaño mínimo de 15 cm en su lado más largo a una resolución de 300dpi. Por favor no envíes imágenes que no sean de tu autoría, pues requerimos de tu autorización para publicarlas. **NOTA:** Ten en cuenta que en la edición impresa se usará una versión **en grises** de las imágenes que envíes.

Envía el material a **info@mujeresencirculo.org**, con el asunto "CONVOCATORIA AMARYI", indicando nombre de la autora, seudónimo (aclarar si deseas que no publiquemos tu nombre) y lugar de procedencia (ciudad y país). Con tu envío nos indicas que aceptas las condiciones de esta convocatoria.

**Recepción de propuestas hasta el 30 de abril de 2019.**

Se realizará una selección por parte del comité editorial y se informarán los trabajos elegidos durante mayo de 2019 para lanzar el segundo número en su edición impresa en el próximo solsticio de verano (hemisferio norte), 21 de junio de 2019.



**SHEREZADE**  
*Ediciones femeninas*

[info@mujeresencirculo.org](mailto:info@mujeresencirculo.org)

*En el solsticio de invierno del  
Hemisferio Norte del año 2018  
esta edición se estaba gestando,  
para ser lanzada después  
del eclipse total  
de la Superluna Roja,  
a comienzos de 2019 (E.C.).*



Somos cíclicas, por eso las mujeres que nos habitan están presentes en nosotras periódicamente, son nuestras guardianas y guías, nuestra vulnerabilidad, nuestra armonía, nuestra locura.

Ciclo a ciclo tenemos la oportunidad de atravesar, repasar y retejer estas fases, parirnos, renacer; por lo que cada reinicio es una oportunidad de aprendizaje y sanación, para volver a surgir fortalecidas.

